

Cartas caseras

II

Escribo, esta segunda, sobre la mesilla-cadiera del coche de Ferrocarril. Antes de salir hemos tenido dos incidentes desagradables: vino la irrupción en el hall del Hotel, de un señor catalán negociante en películas y que nos cuenta una muy entretenida. Desde Barcelona vino con un matrimonio de colegas para comprar aquí unos films estupendos... y a los cuatro días de llegar se encuentra con que los amigos franceses le han birlado la cartera y el automóvil con que el catalán los condujo. Otra: el agente de Cook, un italiano trapionista e inepto que venimos padeciendo desde que llegamos a Quai d'Orsay llega sudoroso y jadeante diciendo haber perdido los pasaportes de todos los viajeros, en el bolsillo de uno de los cuales aparecen al fin después de un barullo de mil demonios.

¡Por fin ya estamos los nueve expedicionarios acomodados en nuestros respectivos departamentos! Porque el número de expedicionarios somos nueve, aunque sólo siete seamos médicos. Los otros son una pareja de hermanos lo más simpáticos, agradables y gentiles que darse puede. Él es Gabriel Moragas, un químico ilustre, profesor de la Cámara nacional de Industrias químicas. Ella Marta, la esposa de Ricardo Moragas, cuyo dinamismo, agrado y esbeltez le hacen, a pesar de ser madre de dos niños preciosos, parecer una niña que a penas representa dos terceras partes de los 26 años que tiene.

El tren marcha rápido por entre prados, montes, bosques, trigales, y comienza el desfile de lugares ungidos por la guerra, glorificados por la sangre y santificados por el dolor....

Compiègne; el ferrocarril se desliza bordeando unas veces, atravesando otras, pero mirándose siempre en las aguas del Oise.. Laon... La Fere.. San Quintín, la de la célebre batalla que hace siglos cubrió de laureles nuestra bandera... Luego llegaremos a la frontera. Antes de dejar Francia consignemos lo último que en el orden médico acabamos de ver allí: El Instituto del Cáncer (Fig. 1) de la Facultad de Medicina de París. Aunque inaugurado en 1929 es hoy la actualidad porque en los últimos días del pasado junio se han recibido por Albert Lebrun las edificaciones que integran un nuevo grupo hospitalario, al que sirve de pórtico una especie de arco triunfal entre cuyas columnas de estilo modernista se extiende el rótulo. Es lujosísimo y en él caben hasta 150 camas repartidas en diferentes salas de 4 y a 12 lechos cada una. Para el tratamiento de estos desgraciados hay tres departamentos: uno de RAYOS X, otro de RADIUM y otro de CIRUGIA (Fig. 2). El primero de los tres es el más bajo, dirigido por el gran radiólogo Belot, quien muestra sus aparatos de artillería pesada forrados de gruesas capas de plomo

y de una potencia de 300 voltios. La cámara de mando de estos aparatos está separada y aislada de las salas de tratamiento por verdaderas paredes de cristales plomados y en ella hay un contador especial para medir las dosis, un micrófono para dar órdenes y recibir avisos y un juego de luces para servirse de ellas como signos luminosos de comunicación. Encima de este piso, que es el sótano, está el destinado a la curieterapia, pintado de color de oro claro y dirigido por la doctora Laborde. La sala de radium está acorazada por un revestimiento de dos milímetros de plomo; dentro de ella son de admirar el aparato de telecurieterapia y la caja de caudales que guarda el radium mientras no se utiliza. El aparato de curieterapia tiene la apariencia de una gran esfera, de plomo, que da una protección de 15 centímetros en todas direcciones y encierra 5 gramos de radium y que permite la irradiación de cánceres profundos a una distancia de 12 centímetros. Un dispositivo especial permite moverlo y orientarlo en todas direcciones a pesar de sus 400 kilogramos. La caja de caudales que contiene el resto de la provisión de radium del Instituto del Cáncer es un vagoncito cuyas paredes tienen un espesor de 10 centímetros de plomo, en cuyo centro hay una serie de cilindros conteniendo cada uno cierto número de tubos o de agujas. Este cofrecito, después de usarlo se coloca en un ascensor especial que desciende su preciosa carga al subsuelo, lo cual permite una protección absoluta del personal encargado de su manipulación (Fig. 3). La cirugía, encomendada al Prof. Duval, ocupa



el sitio más alto y están todas sus dependencias pintadas de verde, como los tejadillos del Sanatorio de nuestro Lozano y que es como se sabe el color de la esperanza. Veinticinco técnicos entre médicos, cirujanos, e internos obedecen militarmente las órdenes de su director Roussey, alma y vida de este maravilloso centro.

Quizás os haya parecido demasiado prolija la descripción. Pero tened en cuenta que de las cuatro grandes plagas de la humanidad, o sea la sífilis, la tuberculosis, el reumatismo crónico y el cáncer, es esta última la más incurable de todas y, desgraciadamente, va siendo la más extendida.

Llegamos a Avesmes y entramos en Bélgica. En la aduana todo son facilidades. Suben al tren soldados de ambas naciones que se limitan a preguntar si hay algo de particular y a visar el pasaporte...

Charlevoi... Namur... cien pueblos más... Todo el campo de batalla de la Gran Guerra... Muchas ruinas... muchos cementerios y alternando con ello edificaciones

recientes. El tren se cobija raudamente bajo las marquesinas de la gran estación de Lieja. Paramos veinte minutos y tomamos en la fonda un yohurt fresco, delicioso. Vuelta al vagón. Contemplamos a la hermosa ciudad grande, densa y apretada de soberanas edificaciones. A eso de las tres de la tarde, en unos relojes y de las cuatro, en otros (según que haya tomado la precaución de retrasarlo o no una hora con Francia) pasamos Aachen y llegamos a la frontera alemana penetrando en el Reich. Aunque nuestro coche viene directo desde París al llegar a Alemania surge un hábito de limpieza en forma de tres empleados, uno de ellos mujer, que se encargan de recoger los papeles del suelo, limpiar las alfombras y bruñir los cristales y pasamanos del departamento. Sube la policía que se limita a mirar los pasaportes y un empleado de aduanas que con una tiza marca las maletas y demás equipajes. Poco después, siempre en marcha, entra un policía verde (la Reichwer) y nos pregunta qué periódicos llevamos y qué libros vamos leyendo, pero sin insistir ni mostrar desconfianza por nuestras declaraciones. Escoge los que le parece y nos permite seguir leyendo *Paris-Soir* y un libro rabiosamente soviético que hemos tomado en París y que, después de ojear sonriendo, nos devuelve. Entonces sacamos la estilográfica y escribiendo en la cubierta policromada del tomo esta dedicatoria: *Pour la Reichwer.* — CYA O B O J L C T B N E M. — Prof. Dr. med. Royo Villanova. Le volvemos a dar el libro, que se guarda riendo fuertemente al ver escrita en ruso una fórmula de *Politesse*. Indudablemente esta requisita es uno de los medios empleados para evitar la entrada en Alemania de libros y periódicos que publiquen algo contra el régimen. Da la impresión de que diariamente se entrega a la policía verde una lista con los periódicos que deben recogerse...

Krefed, Brisburg, Oberbausen, Essen, Bochmum, Dortmund, Hamun, Mumster, Osnabruch... Vamós al vagón restaurant. Cena alemana a base de carne. El camarero, que coge los platos y los cubiertos con servilletas de papel esterilizado para no contagiar con el polvo de sus guantes los utensilios, tiene la atención (cuando ve que yo no tomo carne) de servirme tres huevos al plato. Este plato de los tres huevos, que ya sigue siendo una cos-



Figura 1

tumbre en todos los restaurants alemanes, checoslovacos, rusos, polacos y suizos, me recuerda, no sé por qué (es decir, si sé por qué), las parejas de a tres de nuestra benemérita. Junto a nosotros (Pardo Canalis y yo)

come en la misma mesa un alemán joven pulquérimo, mutilado de la gran guerra, que procura ocultar con gran habilidad una cicatriz amuñonada de la mano izquierda.

Campo cuidadísimo; multitud de animales, de máqui-

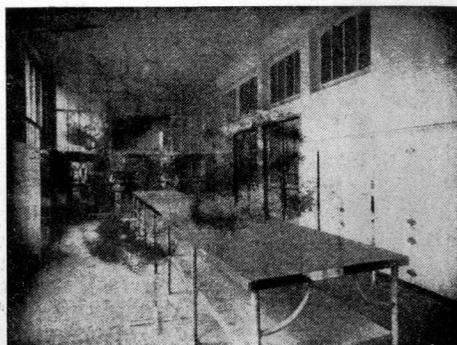


Figura 2

nas agrícolas y de pequeños edificios. No pasa un kilómetro sin que se levante una fábrica de destilación de carbones, de cementos, de azúcar de remolocha y multitud de gasómetros, más grandes que el que tanto alar-

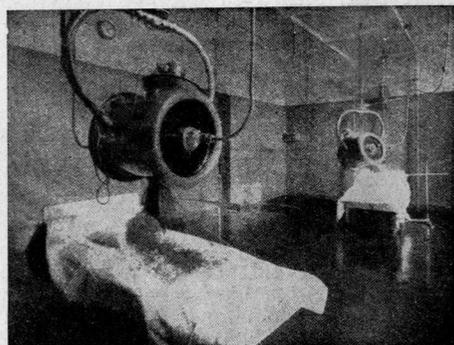


Figura 3

ma en Zaragoza, enclavados en barrios pobladísimos. Flores en todos los sitios. En el suelo, alrededor de los postes del telégrafo como las platablandas de nuestros paseos, en las garitas de señales, en los andenes colgando de las marquesinas de las estaciones. Todo en fin enguarnaldado, limpio, brillante, disciplinado y en todas partes infinidad de banderas hitlerianas con crespones negros por la muerte de Hinderburg. De noche ya llegamos a Bremen y hemos de notar que en todo el camino donde por lo demás vemos muchos nazis, ni oímos un heil Hitler ni apreciamos el saludo con la mano levantada que nos habían dicho era obligado en todos los alemanes.

Un aturdimiento y un deslumbramiento. Estamos en Hamburgo.

Hasta mañana, si Dios quiere.

RICARDO ROYO VILLANOVA

10 de Agosto, atravesando Bélgica.

ALUMBRADO Y CALEFACCION A GASOLINA

PETROMAX

EN INTERES DE USTED, SOLICITE CATALOGO

ARMANDO APARICIO

TEMPLE, núm. 19 TELEFONO 4-5-0-2

ZARAGOZA